

## **SEMINARIO DE HISTORIA**

Dpto. de Hª Social y del Pensamiento Político, UNED  
Dpto. de Hª del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM  
Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón

Curso 2012-2013  
Documento de trabajo 2013/5

### **UN YANQUI EN LA CORTE DEL GENERAL FRANCO CHARLES A. WILLOUGHBY Y LA LARGA MARCHA HACIA LOS PACTOS DE MADRID (1947-1953)**

**Nicolás Sesma**  
(Columbia University – Universidad de Zaragoza)

**SESIÓN: JUEVES, 6 DE JUNIO, 19 H.**

Lugar: Biblioteca  
Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset  
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: [seminariodehistoria@gmail.com](mailto:seminariodehistoria@gmail.com)

## 1. Introducción

El 9 de febrero de 1950, Joseph McCarthy pronunciaba un discurso en el Republican Women's Club de la ciudad de Wheeling, en el estado de Virginia, intervención que es unánimemente señalada como el punto de partida del tristemente célebre movimiento de depuración que llevaría su nombre<sup>1</sup>. En dicho discurso, el senador por Wisconsin alertaba acerca de la presencia de simpatizantes y agentes comunistas en el seno del Departamento de Estado, situación que no solo afectaba al proceso de toma de decisiones de la política exterior norteamericana, orientado a su juicio en sentido favorable a los intereses soviéticos, sino que incluso amenazaba la propia existencia de su sistema político. Entre las cincuenta y siete personas señaladas ese día por McCarthy se encontraba un ciudadano español, aunque ya nacionalizado estadounidense, Gustavo Durán, un polifacético integrante de la «Edad de Plata» que, una vez finalizada la Guerra Civil, en la que había dirigido el Servicio de Información Militar del Ejército Popular, había quedado vinculado a los responsables de la administración Roosevelt y llevado a cabo misiones de inteligencia en Cuba y Argentina<sup>2</sup>.

Como ha sido puesto de manifiesto en numerosas ocasiones, el gesto de McCarthy no significaba tanto la efectiva denuncia de una determinada serie de infiltrados filocomunistas, sino la escenificación pública de todo un posicionamiento ideológico y político. Simbolizado por el creciente anticomunismo de la posguerra mundial, dicho posicionamiento hundía sus raíces en la oposición a la regulación federal de la economía y la legislación del *New Deal*, la estructuración del poder político y las luchas sindicales, las divisiones surgidas en torno al citado conflicto hispano y la más reciente caída de Chiang Kai-Shek, así como en la inherente tensión entre poder civil y militar, pronto acrecentada con la destitución de Douglas MacArthur<sup>3</sup>. Por último, pero no por ello menos importante, era también, en buena medida, reflejo del resentimiento de los protagonistas de la guerra en el Pacífico, en la que McCarthy había servido como oficial de inteligencia, con sus compañeros del frente europeo, que en su opinión habían disfrutado de muchísimo más apoyo gubernamental, mayor visibilidad y una

---

<sup>1</sup> Para una concisa definición del movimiento, véase GOTTFRIED, P.: «McCarthyism», en FROHNEN, B., BEER, J. y NELSON, J. O. (eds.): *American Conservatism. An Encyclopedia*, Wilmington, Isi Books, 2006, pp. 555-557.

<sup>2</sup> La trayectoria de Durán en JUÁREZ, J.: *Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas*, Madrid, Debate, 2009.

<sup>3</sup> LATHAM, M. E.: «What Price Victory? American Intellectuals and the Problem of Cold War Democracy», en CARNES, M. C. (ed.): *The Columbia History of Post-World War II America*, New York, Columbia University Press, 2007, p. 410.

colaboración del antiguo aliado soviético con la que ellos no habían podido contar hasta el último momento, y que se encontraba completamente sobredimensionada.

En este sentido, y pese a que, al igual que sucedió con todos y cada uno de los acusados inicialmente por McCarthy, ningún cargo jurídicamente punible pudo derivarse de las evidencias presentadas contra Durán, casi tres años después todavía era invocado como uno de los ejemplos que explicaban la «Truman gaucherie» por parte de los sectores conservadores más radicalizados. Así, otro veterano del Pacífico, el antiguo jefe de los servicios de inteligencia de MacArthur, el mayor general Charles A. Willoughby, en su búsqueda de materiales para las intervenciones públicas del que fuera comandante supremo de las fuerzas americanas del lejano Oriente, señalaba: «I have in mind the extraordinary story of the Spanish Communist officer, who was an “advisor” for our State Department [...] it explains, in part, the recalcitrant attitude of Truman since he is misinformed, with people like Duran, in their days, feeding this kind misinformation». Él, en cambio, para documentarse, decidía acudir a una fuente que seguramente consideraba mucho más fiable, nada menos que los diplomáticos de la España de Franco, con los que mantenía estrecho contacto desde su antigua estancia en el Japón como miembro destacado de la autoridad ocupante<sup>4</sup>.

Ardiente anticomunista, héroe de la Segunda Guerra Mundial, infatigable publicista de las andanzas de MacArthur, admirador del dictador español y responsable de la sección americana del Comité Internacional para la Defensa de la Civilización Cristiana, Charles A. Willoughby es prácticamente un desconocido no solo para el gran público, sino también para buena parte de la historiografía<sup>5</sup>. Sin embargo, un análisis de su caso concreto puede abrir interesantes perspectivas sobre la evolución de las relaciones bilaterales entre las sucesivas administraciones estadounidenses y la dictadura de Franco y las maniobras que sirvieron de preludeo a la firma, en 1953, de los acuerdos de Madrid.

De esta forma, el objetivo de las siguientes páginas, que se enmarcan en un estudio más amplio sobre el establecimiento de las bases en España y sobre la propia figura de Willoughby, es efectuar una primera aproximación a sus esfuerzos para favorecer la incorporación de la dictadura franquista a las estructuras de seguridad occidental de la posguerra mundial. A tal efecto, y tras realizar una breve semblanza

---

<sup>4</sup> Cartas de Charles A. Willoughby al marqués de Prat de Nantouillet, s. f. [1952]. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (AMAE), R-3192, Expediente 4.

<sup>5</sup> Una notable excepción en RODAO, F.: «Japón y Extremo Oriente en el marco de las Relaciones Hispano-Norteamericanas, 1945-1953», *Revista Española del Pacífico*, 5 (1995), pp. 233-241.

biográfica, nos detendremos en el grado de circulación y la repercusión alcanzados por su obra *Bailen and the Spanish Bridgehead (1808-1948)* en determinados sectores de la elite política, diplomática y militar de ambos países, así como en el desarrollo de su estancia en la Península Ibérica durante el primer semestre de 1952, culminación de la larga serie de visitas con las que los simpatizantes franquistas trataron de mejorar la imagen del régimen ante la opinión pública norteamericana<sup>6</sup>.

## 2. «Our own Junker general»

Nacido en 1892 como Adolph Charles Weidenbach en la ciudad alemana de Heidelberg –ascendencia que siempre levantó numerosas suspicacias–, Willoughby decidió, al parecer, pues se trata de informaciones que nunca contaron con evidencia documental, abandonar el apellido paterno y adoptar el de su madre Emma, originaria de Baltimore, poco después de que su familia se trasladara en 1910 a los Estados Unidos<sup>7</sup>. Imbuido en cualquier caso de los valores de la elite *Junker*, el futuro mayor general pronto puso las bases de una trayectoria que combinaba las artes militares con un decidido interés por la historia, las lenguas modernas y la comunicación. Así, tras alistarse en el ejército, alternó el servicio activo –desde la frontera mexicana hasta el cuerpo expedicionario americano en la Gran Guerra– con periodos formativos –una licenciatura por la universidad de Gettysburg y la graduación en el complejo militar de Fort Leavenworth– y con el ejercicio de la docencia tanto en universidades civiles como, especialmente, en distintos centros de instrucción y escuelas para oficiales de Estado Mayor. Fue gracias a esta última dedicación por lo que Willoughby desarrolló un creciente interés en la figura del entonces coronel Francisco Franco, cuyas actuaciones en las campañas coloniales de Marruecos despertaron su interés hasta el punto de incorporarlas a sus programas de adiestramiento.

En vista de su polivalencia y de su amplio conocimiento del castellano, desde finales de los años veinte Willoughby fue sucesivamente destinado a Venezuela, Colombia y Ecuador como agregado militar, para terminar recalando en 1935 en Filipinas, donde volvió a encontrarse con el general MacArthur –al que había causado buena impresión, ya como docente, en Fort Leavenworth–, que decidió incorporarlo a su Estado Mayor en 1941 como jefe de los servicios de inteligencia. Fue también en

---

<sup>6</sup> Sobre estas visitas y su significación, VIÑAS, A.: *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1955)*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 110-125.

<sup>7</sup> *Who's Who in America. A Biographical Dictionary of Notable Men and Women, 1950-1951*, Chicago, The AN Marquis Company, 1950.

Filipinas donde estableció relaciones muy cordiales con la influyente comunidad española –en especial con su miembro más emblemático, el empresario Andrés Soriano–, poseedora de la mayor parte de los recursos económicos de las islas y ardiente partidaria del bando nacionalista en la Guerra Civil que, apenas un año más tarde, habría de declararse en la antigua metrópoli. De nuevo, Willoughby siguió con atención y entusiasmo las tácticas utilizadas por Franco durante el conflicto, a las que decidió dedicar un elogioso capítulo de su manual de 1939 *Maneuver in War*<sup>8</sup>.

Willoughby se significaba así como un convencido defensor del nuevo régimen instaurado en España. Era el lógico resultado de su aristocrática educación, sus experiencias en países autoritarios durante el periodo de entreguerras, los vínculos personales labrados en Filipinas y, sobre todo, una intensa devoción por los liderazgos carismáticos –Mussolini llegó a condecorarlo con la Orden de San Mauricio y San Lázaro–. Esta percepción de la dictadura franquista no se modificó un ápice con la Segunda Guerra Mundial. Antes al contrario, dada la posterior evolución del panorama internacional y la rápida configuración de dos bloques ideológicos antagónicos, Willoughby la consideraba como un aliado modélico en el previsible enfrentamiento por la hegemonía mundial con la Unión Soviética. No en vano, en relación con la política interna norteamericana, en Willoughby venían a confluír, de una u otra forma, la práctica totalidad de perfiles identificados por Theodore J. Lowi como potenciales integrantes del «Spanish lobby» en su ya clásico estudio sobre la materia<sup>9</sup>, a saber:

Anticomunista, con seguridad la característica primordial de su praxis profesional y su pensamiento político, si bien, como apuntábamos anteriormente, más que un presupuesto de partida parecía una construcción de síntesis *a posteriori* de una serie de elementos político-ideológicos previos, entre los que no puede dejar de mencionarse un cierto filofascismo. A modo de ejemplo, en su citada obra *Maneuver in War*, la actuación de los comunistas no ocupaba un lugar destacado entre los factores desencadenantes de la Guerra Civil española, atribuida fundamentalmente a «an appalling series of political crimes chargeable to the anarchist-socialist elements in government [...] radical government»<sup>10</sup>. Por el contrario, ya en la posguerra, en el curso

---

<sup>8</sup> WILLOUGHBY, C. A.: *Maneuver in War*, Harrisburg, The Military Service Publishing Co, 1939, pp. 172-195.

<sup>9</sup> LOWI, T. J.: «Bases in Spain», en STEIN, H. L. (ed.): *American Civil-Military Decisions, A Book of Case Studies*, Birmingham, University of Alabama Press, 1963, pp. 667-702.

<sup>10</sup> WILLOUGHBY (1939), p. 172.

de su primera visita a la península, Willoughby modificaba su discurso en función del nuevo contexto, al declarar que:

«por mi postura anticomunista estoy ya nombrado como capataz en una mina en Rumanía. Y esta postura mía no es de ahora, sino que yo comprendí a su tiempo vuestra guerra civil [...] En la guerra que España sostuvo en 1936-39 Rusia jugaba por primera vez internacionalmente [...] si Franco no se hubiera mostrado fuerte, el caso de Checoslovaquia se hubiera repetido en España. Sobre esto llamé yo la atención en los cursos de Estado Mayor en que era profesor y a los que tienen que asistir los más destacados militares de mi país. Estoy seguro que desde entonces en los círculos militares de Estados Unidos existe cierta simpatía hacia esta nación»<sup>11</sup>

Planificador de la estrategia militar norteamericana, aunque no directamente, sí en tanto miembro del equipo de MacArthur y por las fluidas relaciones que mantenía con varios altos cargos del Pentágono y un número creciente de representantes y senadores conservadores. Ante todos ellos actuó como ideólogo de la necesidad de contar con la España de la dictadura –presentada como puerta de entrada al Mediterráneo– dentro de las estructuras de defensa occidental, en especial mediante su citado ensayo de 1947 *Bailen and the Spanish Bridgehead*.

Republicano, de nuevo más por razones circunstanciales que por verdadero compromiso político partidista, ya que nunca ocultó que, a su juicio, las armas debían prevalecer sobre las togas, pero que constituía una opción lógica al menos por un doble motivo. En primer lugar, el hecho de que el propio general MacArthur se postulara como uno de los aspirantes a encabezar su candidatura a la presidencia<sup>12</sup>. En segundo lugar, el desacuerdo con la política exterior de la administración Truman, cuyas pretensiones de dar continuidad a una estrategia de signo bipartidista –arbitrada desde el Comité de Relaciones Exteriores del Senado por Arthur H. Vandenberg–, aunque

---

<sup>11</sup> «El general norteamericano Willoughby, en la Escuela de Periodismo», *La Vanguardia Española*, 23 de febrero de 1952.

<sup>12</sup> A este respecto, siempre según las fuentes diplomáticas franquistas, MacArthur habría llegado comprometer verbalmente una normalización de relaciones con España una vez ocupara la Casa Blanca; telegrama de Gonzalo de Ojeda al ministro de Asuntos Exteriores, 16 de junio de 1948, AMAE, R-3205, Expediente 13. Sin embargo, finalmente MacArthur tuvo que desistir de la carrera de las primarias y apoyar al senador Robert A. Taft –representante, en todo caso, de la tradición del unilateralismo y la lucha contra el *New Deal*– frente a Dwight D. Eisenhower, antiguo comandante supremo de los aliados en el frente europeo. Willoughby decidió entonces hacer asimismo campaña para Taft, dada su negativa opinión de Eisenhower, del que pensaba que «If he goes into politics openly, they will find interesting things to charge him with, such as the current Berlin situation, tactical nonsense that would not be tolerated by an alférez of Zaragoza...»; carta de Charles A. Willoughby al marqués de Prat de Nantouillet, s. f. [1952]. AMAE, R-3192, Expediente 4.

inicialmente exitosas en relación con el escenario europeo, resultaban fallidas en el lejano Oriente dadas las discrepancias en cuanto a la actitud a adoptar hacia la China nacionalista. Así, a medida que el deterioro de la situación en el país asiático para los intereses norteamericanos permitió a los republicanos comenzar a cuestionar el conjunto de la doctrina del ejecutivo, particularmente en lo tocante al aislamiento español, Willoughby fue reforzando su militancia. Tal y como señalara al marqués de Prat de Nantouillet, uno de sus principales interlocutores en el seno de la diplomacia franquista, «I am therefore openly associated with the Republican Party»<sup>13</sup>.

Hombre de negocios, sin duda una dimensión menor de su actividad en relación con el régimen franquista, pero tampoco completamente inexistente. Por una parte, mediante la búsqueda de financiación para sus crecientes iniciativas editoriales entre aquellas empresas potencialmente beneficiarias de una mejora de las relaciones bilaterales<sup>14</sup>. Por otra parte, aunque ya con posterioridad a la firma de los acuerdos de Madrid, a través de su vinculación como asesor e intermediario de importantes compañías con intereses tanto en el Portugal de Salazar y la España franquista como en sus respectivas posesiones africanas, caso de la Hunt International Petroleum Company<sup>15</sup>.

Católico, puesto que, aunque no profesara dicha confesión, su protección por parte del Estado franquista se convirtió en una de las habituales razones esgrimidas por Willoughby para justificar la existencia de la dictadura: «Yo, personalmente, sin ser católico, creo que es la Iglesia católica la única que con su fuerza y su prestigio se puede oponer a la mística comunista». Bajo esta consideración latía al menos un doble motivo. Por un lado, la coincidencia de sus dos principales referentes, los generales MacArthur y Franco, en la naturaleza moral e ideológica de la Guerra Fría, aspecto en el que hacía especial hincapié en su correspondencia privada<sup>16</sup>. Por otro lado, consideraciones de política interna estadounidense, tales como la cruzada anticomunista liderada por el católico McCarthy, que llegó a apuntar a las iglesias protestantes como uno de los soportes del comunismo dentro del país, y la paralela preocupación del protestante

---

<sup>13</sup> Carta de Charles A. Willoughby al marqués de Prat de Nantouillet, s. f. [1951-1952]. AMAE, R-3192, Expediente 4.

<sup>14</sup> A modo de ejemplo, véase la correspondencia entre Charles A. Willoughby y la editorial AHR, en Major General Charles A. Willoughby Papers, Musselman Library, Gettysburg College (CAWP, GC), Series VIII.

<sup>15</sup> Véase la correspondencia entre Charles A. Willoughby y Nelson Bunker Hunt en Papers of Major General Charles A. Willoughby, MacArthur Memorial Archives, Norfolk (MMA), Series I.

<sup>16</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Francisco Franco Salgado-Araujo, 16 de febrero de 1950, «El acento dado por el Generalissimo (*sic*) a la batalla de las ideas es muy significativo», CAWP, GC.

Truman por asegurar el respeto de los derechos de sus correligionarios en el interior de la Península Ibérica, como veremos, uno de los principales puntos de fricción entre las dos administraciones.

A propósito de este último grupo, Gabriel Jackson recordaba más recientemente una característica que, en nuestra opinión, resulta igualmente extrapolable a todo el resto de perfiles de partidarios norteamericanos de Franco: la constancia. De esta forma, en contraste con la circunstancialidad del activismo a favor de la legalidad constitucional gubernamental, el golpismo franquista pudo disfrutar de una continuidad mucho mayor de sus apoyos: «los pro-republicanos, filósofos, figuras públicas, demócratas, etc., no se implicaron tanto en el conflicto, ya que no le otorgaron tanta importancia práctica [...] los católicos favorables a Franco fueron mucho más insistentes en sus argumentos, puesto que, para ellos, las decisiones relacionadas con la guerra civil eran mucho más importantes»<sup>17</sup>.

Indudablemente, Willoughby hizo asimismo gala de dicha continuidad en su esfuerzo propagandístico. De hecho, no dudaba en alardear ante el ministro franquista de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, de que una de las claves de su influencia en la planificación militar de posguerra en relación con España –que analizaremos a continuación– debía ya situarse en sus años como docente en Fort Leavenworth:

«I deliberately introduced my study on the Spanish Civil War, in my course of Instruction at the Staff College in Leavenworth. In the period 1929/1935, an average of 150/200 students graduate from this school each year; they are all selected for high command. Hence, a total of 900/1200 future leaders became aware, probably for the first time of the name of Franco and the split-second hazards of that extraordinary Campaign. They control the Army today. There is little doubt [...] that this intellectual orientation has borne fruit; in fact, the link between “Maneuver in War” and “Bailén” is the link between 1938 and 1948 in general appraisal»<sup>18</sup>

### **3. Del Pacífico al Mediterráneo**

Tras la exclusión, a comienzos de 1945, de la Conferencia de San Francisco que dio lugar a la organización de las Naciones Unidas, así como de la posterior condena formal de su Asamblea General y la recomendación de retirar a los embajadores acreditados en Madrid, la dictadura de Franco se encontró sumida en el ostracismo. En

---

<sup>17</sup> JACKSON, G.: «II República, *New Deal* y Guerra Civil», en DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L. y ELIZALDE, M. D. (eds.): *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, p. 119.

<sup>18</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 10 de febrero de 1949. CAWP, GC.

su búsqueda del necesario reconocimiento internacional, la estrategia del régimen pasó entonces por intentar estrechar lazos con aquellos países con los que existían vinculaciones históricas, como la comunidad iberoamericana y las naciones árabes. Es el proceso conocido por la historiografía española como «diplomacia paralela», «políticas puente» o «políticas de sustitución».

Mucho menos atendida que en la doble dimensión mencionada, la vertiente asiática de dicha estrategia presentaba, no obstante, toda una serie de ventajas que la convertían en un escenario muy propicio para el acercamiento diplomático y el establecimiento de relaciones informales que pudieran contribuir a normalizar la percepción exterior del régimen.

En primer lugar, a diferencia de lo sucedido en el frente europeo, la dictadura franquista no cargaba con el estigma de la colaboración con las potencias del Eje, pues su actitud durante la contienda en el Pacífico –pese a compartir con Japón la pertenencia al Pacto Antikomintern– había basculado relativamente pronto hacia el bando aliado. En este sentido, las dificultades sufridas por los misioneros y las comunidades españolas en los países ocupados por las tropas imperiales, en especial en las Filipinas, así como las presiones derivadas del «Incidente Laurel», provocaron incluso que Franco declarara al embajador norteamericano que apoyaba su esfuerzo de guerra y que se realizaran campañas de prensa en las que se elogiaban las hazañas militares del general MacArthur.

En segundo lugar, los medios de comunicación y círculos militares norteamericanos más conservadores no tardaron en establecer equivalencias entre la situación de la China nacionalista del generalísimo Chiang Kai-shek y la España de Franco con respecto a la amenaza comunista. Dichos paralelismos tenían como principal objetivo poner de manifiesto la supuesta debilidad de la administración Truman ante el expansionismo soviético, y no hicieron sino multiplicarse tras la definitiva «pérdida de China» en 1949 y, especialmente, el estallido de la Guerra de Corea en junio de 1950.

Por último, la ocupación aliada del Japón, encomendada al general MacArthur y férreamente controlada desde su Cuartel General, proporcionaba a los representantes españoles unas posibilidades de acción impensables en otras latitudes. Tal y como señalaba desde Tokio el encargado de negocios franquista desde 1945, Mariano Vidal Tolosana, «el número de personalidades y técnicos americanos que a su regreso a Estados Unidos deberán tener prestigio e influencia y que, aquí, son fácilmente

accesibles al contacto personal, hace deseable y ventajoso, a mi juicio, el no escatimar ningún esfuerzo por ganar todas las vías de simpatía, respeto y comprensión»<sup>19</sup>.

De nuevo, todos estos elementos venían a converger en torno a la figura de Willoughby. Él había sido el responsable de la invitación que, durante la guerra, se cursara al citado Andrés Soriano para incorporarse al equipo de MacArthur con el grado de coronel –lo que, indudablemente, facilitó la reanudación de la actividad de los residentes españoles en Filipinas durante la posguerra–. Su lectura sobre la Guerra Civil española y acerca de la necesidad de sostener a Franco en el poder pronto se vio reforzada por los acontecimientos en la península coreana. Finalmente, ostentaba la jefatura de los Servicios de Inteligencia del Mando Supremo Aliado en Japón y la condición de jefe adjunto de su Estado Mayor.

En este contexto, fue el propio Willoughby quien rápidamente se puso en comunicación con los diplomáticos españoles destinados en Tokio, a los que ofreció toda clase de facilidades tanto en relación con el Consejo Consultivo Aliado como en el acceso al Cuartel General de MacArthur. De esta forma, lejos de algunas interpretaciones según las cuales los apoyos a la dictadura franquista dentro del Pentágono y el Senado se basaban en criterios puramente estratégicos y económico-comerciales –derivados de la creación, en febrero de 1949, del «Spanish Lobby»<sup>20</sup>–, casos como el de Willoughby vienen a demostrar la existencia de un importante factor ideológico, y no sólo fruto del anticomunismo de la Guerra Fría, sino con hondas raíces en la lógica del periodo de entreguerras. En este sentido, el norteamericano se veía incluso impelido a justificar el porqué de su interés en la suerte del régimen, que situaba en una sincera admiración por el Caudillo y en «una romántica afición», ante sus sorprendidos interlocutores franquistas, que terminaron por presentarlo reiteradamente a sus superiores como, «sobre todo, un fiel verdadero amigo de España [...] con muchas e interesantes conexiones en los medios políticos, sociales y periodísticos de los Estados Unidos»<sup>21</sup>.

---

<sup>19</sup> Despacho de Mariano Vidal Tolosana a Alberto Martín Artajo, 20 de diciembre de 1946. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (AGA), Asuntos Exteriores, caja 5121.

<sup>20</sup> BRIGGS, P. J.: *Making American Foreign Policy: President-Congress Relations from the Second World War to the Post-Cold War Era*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 1994, «Ideological concerns had little bearing on the military's desire to incorporate Spain into Western defense plans», p. 67.

<sup>21</sup> La causa del interés de Willoughby, «probablemente incomprensible para mucha gente» en Carta de Charles A. Willoughby a Mariano Vidal Tolosana, 12 de octubre de 1948. Nota informativa de Mariano Vidal Tolosana a Alberto Martín Artajo, 6 de diciembre de 1948; Nota confidencial y reservada de Francisco J. del Castillo a la Dirección General de Política Exterior, 15 de diciembre de 1949. AMAE, R-3205, Expediente 13.

Desde finales de 1947, este trato de favor hacia el franquismo, que a su juicio le había supuesto «algunas hostilidades», estuvo ya en condiciones de ir exhibiéndose públicamente sin ambages. Era, en buena medida, como resultado de la evolución de los acontecimientos internacionales, especialmente la situación en el Mediterráneo oriental, con la reanudación de la Guerra Civil griega y las presiones soviéticas sobre Turquía, pero también de la política norteamericana, pues las elecciones de 1948 parecían apuntar a la salida del antifranquista Truman de la presidencia tras una cómoda victoria republicana.

Así, Willoughby intensificó sus contactos con potenciales defensores domésticos de la causa franquista, como el coronel Robert R. MacCormick, al que convencía para visitar España en el verano de 1948 y cuya colaboración consideraba fundamental en tanto director del *Chicago Tribune*, el cual, explicaba –en una irónica profecía de la famosa fotografía en la que Truman mostraba uno de sus ejemplares anunciando su derrota frente a Thomas Dewey–, «ejerce una influencia pública en los estados centrales [que] puede determinar el resultado de las elecciones presidenciales». También contactó con los senadores Patrick A. McCarran, Harry P. Cain y el ya citado Arthur H. Vandenberg, con el que inició una «endless correspondence» y que, apenas un año más tarde, en mayo de 1949, se declaraba partidario de reanudar las relaciones diplomáticas con la península a todos los efectos, mientras que su sobrino, el teniente general Hoyt A. Vandenberg, ex director del entonces Central Intelligence Group (CIG), hacía lo propio amparado en necesidades de planeamiento militar<sup>22</sup>.

Del mismo modo, se multiplicaron sus atenciones con la representación franquista en el país nipón, caso de la recepción dispensada a la delegación española que asistió al IV Centenario de la llegada al Japón de San Francisco Javier –primer oficio católico que contó con la asistencia del Emperador Hiroito–<sup>23</sup>, pero especialmente del tratamiento preferencial otorgado a la hora de acceder a MacArthur en persona. Mediante su expresa intermediación, el general concedió rápidamente una larga audiencia al nuevo jefe de la Misión Diplomática, Francisco J. del Castillo, en la que, al parecer, «censuró con marcada ironía el Departamento de Estado por su incomprensible actitud respecto nosotros [...] también hacia Argentina y en la guerra China»; así como una entrevista al enviado especial de *La Vanguardia Española* «as a public gesture of

---

<sup>22</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 31 de agosto de 1949. CAWP, GC. «Nota para su excelencia», 4 de enero de 1950. AMAE, R-3205, Expediente 13. VIÑAS (2003), pp. 61 y 64.

<sup>23</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 29 de agosto de 1949. CAWP, GC.

goodwill toward Spain», pues había rechazado ofertas similares por parte de corresponsales de medios italianos y franceses. En ella declaraba además que «España está pagando el “pecado” de haber sido el primer país que tuvo la osadía de levantarse en armas contra la insidiosa penetración comunista, y vencerla [...] los rusos supieron instalar hábilmente la venenosa especie de que el régimen anticomunista español era un régimen nazi (*sic*) y fascista, solidarizado con Alemania e Italia. Las mentiras nacen rápidamente, pero mueren despacio»<sup>24</sup>.

Era tal la implicación de Willoughby que, muy pronto, con anterioridad a la llegada a Washington de José Félix de Lequerica –el diplomático encargado de poner en funcionamiento el «Spanish Lobby»<sup>25</sup>, bajo la cobertura del cargo fantasma de «Inspector general de embajadas»<sup>26</sup>–, y sin necesidad de pasar a través de él con posterioridad, el mayor general se encontró asesorando a Martín Artajo sobre aquellas cuestiones especialmente sensibles cara a la opinión pública norteamericana. A este respecto, no dejó de hacer hincapié en la ausencia de libertad religiosa –pese a estar formalmente recogida en el Fuero de los Españoles, la constitución semántica promulgada tras la victoria aliada en Europa–, uno de los principales obstáculos para la mejora de la imagen del régimen, entre otros, como vimos, a los ojos del presidente Truman. También alertó sobre el tratamiento dado a la intelectualidad liberal, pues, no en vano, en las décadas precedentes, la percepción de la cultura y la realidad españolas entre las élites norteamericanas se había configurado en gran medida en torno a las iniciativas de la Junta para Ampliación de Estudios –artífice de la creación de la Casa Hispánica de la Columbia University y estrecha colaboradora de la Fundación Rockefeller–, clausurada por la dictadura. Así, tal y como le indicaba en una carta a comienzos de 1949, «speaking as an old-hand in the game [...] your recent opening of the ancient Jewish Synagogue and the return of some of your expatriate intellectuals was a masterly move in the right direction [...] an effective “propaganda” is possible: it

---

<sup>24</sup> Augusto Assía, «La vuelta al mundo. Entrevista con el general Mac Arthur», *La Vanguardia Española*, 24 de julio de 1949. Carta de Gonzalo de Ojeda a Alberto Martín Artajo, 29 de junio de 1949 y Nota confidencial y reservada de Francisco J. del Castillo al ministro de Asuntos Exteriores. AMAE, R-3205, Expediente 13.

<sup>25</sup> En este sentido, Willoughby señalaba sus intentos para «get him in touch with personal friends like Henry Luce (Time), his wife Mme Clare Boothe Luce, DeWitt Wallace (Reader’s Digest) and Spyros Skouras (President of Twentieth Century Fox); they will be glad to receive H.E. [Lequerica] at any time», Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 10 de febrero de 1949. CAWP, GC.

<sup>26</sup> Como señalaba el entonces periodista William V. Shannon, «Apparently, he has no other embassies to inspect, since he spends all his time in Washington», en SHANNON, W. V.: «The Franco Lobby», *The Reporter*, 20 de junio de 1950, p. 20. Sobre su trayectoria, CAVA MESA, M. J.: *Los diplomáticos de Franco. José Félix de Lequerica. Temple y tenacidad (1890-1963)*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1989.

must be historically accurate; it must be neutral, detached, impersonal; and it must be not to be too recent, too sudden, but rather evolutionary»<sup>27</sup>.

Con todo, y en directa relación con esta última afirmación, la actuación más importante de Willoughby fue, en este sentido, la redacción en 1947 y difusión a lo largo de los años siguientes de un breve escrito, *Bailén and the Spanish Bridgehead, 1808-1948*, inicialmente en impresión propia y, más adelante, aparecido en formato de libro en traducción al castellano. En dicha obra, muy representativa de su experiencia en la elaboración de planes de contingencia, así como de su gusto por el uso de la historia militar como fuente de inspiración, Willoughby ponía el acento en la relevancia estratégica de España y en la necesidad, al menos por un doble motivo, de contar con su concurso para garantizar la seguridad del «mundo libre» frente a la inminente agresión soviética.

En primer lugar, por su condición de puerta de entrada al Mediterráneo, que la convertía en un eslabón fundamental de la cadena defensiva occidental, capaz de asegurar la continuidad en las operaciones navales. En segundo lugar, por su latitud meridional y por la presencia de la barrera natural de los Pirineos, elementos que la dejaban, teóricamente, a salvo de la potencia de fuego, las reservas de combustible y el impulso de una primera ofensiva de la URSS sobre el resto del continente. En ambos sentidos, la Península Ibérica se postulaba como el último reducto de defensa y como la imprescindible cabeza de puente para el lanzamiento de la contraofensiva norteamericana. Se trataba, por añadidura, de un papel que España había jugado ya en el pasado, concretamente durante las guerras napoleónicas, cuando había servido de plataforma para el desembarco en Europa del ejército británico –que también fue el enemigo del nuevo Napoleón, el Hitler de 1940–, y además había infligido al emperador francés su primera derrota, Bailén, de la misma forma que, siempre según el relato del autor, que se hacía eco de uno de los principales mitos de la propaganda del régimen, el general Franco había sido el «primer vencedor del bolchevismo en los campos de batalla».

Apoyado en este género de consideraciones, el militar norteamericano declararía en numerosas ocasiones sentirse incluso «más seguro en Madrid detrás de los Pirineos

---

<sup>27</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 10 de febrero de 1949; carta de Francisco J. del Castillo a Charles A. Willoughby, 20 de enero de 1950. CAWP, GC. Sobre este intento de confluencia con la opinión norteamericana, véase asimismo «Don Alberto Martín Artajo “El canciller de la resistencia”», *Política Internacional*, 30 (1957), «En el camino del anticomunismo, sin desviarse un ápice de sus razones ideológicas, España se ha encontrado con los Estados Unidos de América. Ha sido una confluencia natural, lenta, pero segura, entre las ideas y los intereses de dos grandes pueblos», p. 12.

que en París detrás del Rin», puesto que «La guerra civil ha eliminado la amenaza comunista. Se ha declarado fuera de la ley al partido comunista. Al contrario de lo que ocurre en Francia e Italia, no hay una quinta columna eficaz». Dicha valoración resultaba además igualmente aplicable al resto de países aliados del área mediterránea, receptores de ayuda anglosajona pero que no contaban con garantía alguna de éxito, y «si se pierde el Mediterráneo oriental la zona de Gibraltar se convierte inmediatamente en necesidad crucial. Una vez más España se destaca grandemente en el horizonte militar». Finalmente, el ejército franquista no sólo había demostrado su efectividad en combate, sino que mantenía en activo a casi once divisiones, con la posibilidad de movilizar a otras tantas en apenas unos días, y a la mejor relación entre coste y número de unidades. Estas circunstancias lo situaban como una de las mayores fuerzas que podían oponerse a las fuerzas territoriales soviéticas, en franca superioridad debido a los errores cometidos en la Guerra Mundial, a saber, «la tesis de la rendición incondicional [de Alemania] y la prioridad dada al teatro de operaciones europeo».

Como puede apreciarse, al hilo de la argumentación sobre «la cuestión española», Willoughby deslizaba agravios y críticas de orden interno, en especial contra el Departamento de Estado, cuyas dudas en torno a la definitiva aceptación de la dictadura franquista o la búsqueda de alternativas en la oposición atribuía a «la extraordinaria y directa influencia de los partidarios de los Soviets» ocultos en su seno, una acusación que más tarde iba a convertirse en uno de los leitmotiv de los ataques republicanos contra Dean Acheson. En cualquier caso, por todo lo anteriormente expuesto, Willoughby afirmaba que, en cuanto al frente defensivo del Mediterráneo, y en unión con el Portugal salazarista:

«es posible que España no sea el punto más débil, sino el más fuerte, dadas las condiciones actuales en el Occidente europeo [...] Históricamente España ha luchado siempre con decisión en su propio suelo. Su ejército es tan bueno como cualquiera otro, al nivel corriente, desde luego, de los demás ejércitos europeos. Sin gastar palabras en fútiles discusiones morales, España ha sobrevivido a la tempestad, mientras que Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Serbia y Rumanía han sido vencidas una tras otra. La fuerza de España es un hecho efectivo [...] en la eventualidad de haber hostilidades podría detener a los Soviets en los Pirineos hasta levantar nuevas fuerzas del Oeste. Esto supliría una “cabeza de puente continental” para las potencias occidentales. Su relación estratégica en relación a las vecinas aguas mediterráneas hacen de

España un área indispensable para la guerra, pese a todas las teorías ideológicas»<sup>28</sup>

A pesar de la escasa consistencia de las consideraciones finales de la obra, Willoughby basaba efectivamente su argumentación en documentos internos de planificadores del Pentágono y otros altos cargos militares<sup>29</sup>. Así, el jefe de Operaciones de la Marina, Forrest P. Sherman, pronto situado a cargo de las Fuerzas Navales en el Mediterráneo –la Sexta Flota–, reclamaba ya entonces puertos seguros en la costa española, mientras que las Fuerzas Aéreas señalaban la conveniencia de contar con bases para sus bombarderos en territorio peninsular. Algunos de estos informes confidenciales, de hecho, terminaron llegando hasta el Ministerio de Exteriores en Madrid desde la representación diplomática española en Japón, y todo parece apuntar a Willoughby como la persona responsable de las filtraciones. En este sentido, tanto el general Franco como Martín Artajo debieron sin duda quedar extasiados al comprobar ciertos contenidos del *Air Intelligence Digest*:

«Strategically located Iberian Peninsula could be, in any future conflict, an Enormous Air Base for Either contestant [...] In centuries past, when sea power alone often decided the fate of nations, the rock of Gibraltar, at the southern tip of Spain, was a formidable bastion. It was the key to control of the Mediterranean Sea and the eastern Atlantic Ocean. Today, the Iberian Peninsula in its entirety could be a gigantic Gibraltar of the air age. In a strategic position at the western entrance to the Mediterranean, this peninsula is near strategic areas in Europe and Africa and makes possible the domination of certain sea lanes [...] This area would provide a forward base from which fighter-escorted bombers could seriously interfere with opposing air and ground operations [...] On the other hand, the area comprises an enormous air base protected by the Pyrenees from easy land assault. It could provide protection for communications by sea and air between bases in North or West Africa and England [...] is important to USAF planning because this peninsula could provide an essential link or a prohibitive obstruction, depending on whether it is controlled by an ally or an opponent»<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> La totalidad de las citas anteriores están tomadas de la versión española de la obra, WILLOUGHBY, C. A.: *España, cabeza de puente*, Barcelona, AHR, 1952, pp. 97-99, 111, 124 y 174.

<sup>29</sup> Véanse, en este sentido, las analogías con el «war scenario» proyectado en agosto de 1947 por el Joint War Plans Committee: «Drumbeat. The Soviet Invasion of the Iberian Peninsula and the Means Required to Meet It», en KESARIS, P. (ed.), *Records of the Joint Chiefs of Staff, part II, 1946-1953, The Soviet Union*, Washington, University Publications of America, 1979.

<sup>30</sup> Carta de Gonzalo de Ojeda al ministro de Asuntos Exteriores, 29 de junio de 1949. AMAE, R-3205, Expediente 13. Ojeda transcribía el estudio «The Iberian Peninsula. Air-Age Gibraltar? », aparecido en el *Air Intelligence Digest* que elaboraba con carácter reservado el US Air Force Directorate of Intelligence.

Con esta clase de información a su disposición, y pese al duro golpe de haberse visto finalmente excluidos del Plan Marshall, la cúpula de la dictadura podía contar con una cierta seguridad de que, en tanto la oposición antifranquista no ofreciera una alternativa a la desestabilización y los acontecimientos internacionales continuaran apuntando a la bipolarización, era tan solo cuestión de tiempo que su resistencia fructificara, se normalizaran relaciones y comenzaran las negociaciones para encontrar alguna fórmula de encaje en la estructura de defensa occidental. A este respecto, el régimen pronto mostró su preferencia por un acuerdo bilateral que contemplara un importante paquete de ayuda económica, mientras el reacio ejecutivo norteamericano pretendía limitarlo al ámbito militar, pues un pacto global podía fácilmente interpretarse como una definitiva aceptación de la naturaleza política del franquismo. Sobre esta disyuntiva, Willoughby dio asimismo muestras de estar más dispuesto a reforzar las demandas hispanas que la postura de su propio gobierno, al incorporar, en la versión española del libro aparecida en 1952, el principio de que «Las medidas de defensa implican una acción combinada de lo político, lo económico y lo militar. Estos campos de la acción humana no son mutuamente exclusivos, sino interdependientes»<sup>31</sup>.

Volviendo a 1947-1948, y en cuanto a la puesta en circulación de *Bailen and the Spanish Bridgehead*, Willoughby contemplaba una doble vía. Por un lado, puramente privada, pues él mismo pensaba hacerlo llegar «to our most distinguished political, military and diplomatic personages», muchos de ellos «personal friends; they will circulate this stimulating thesis; something will come of it, I feel certain»<sup>32</sup>. Por añadidura, hizo llegar una cincuentena de copias a la Dirección General de Relaciones Culturales para que fueran repartidas, «una por una, entre los funcionarios de alta categoría de los Ministerios de Negocios Extranjeros de vuestros amigos hispanoamericanos; en aquellos países que Vds. juzguen pueden ser persuadidos a hacer suya vuestra causa en la Asamblea de las Naciones Unidas»<sup>33</sup>. Por otro lado, pública, mediante la búsqueda de un editor en Estados Unidos y, al serle transmitido el interés

---

En su primera página se consignaba que «This document contains information affecting the national defense of the United States within the meaning of the Espionage Act [...] Its transmission or the revelation of its contents in any manner to an unauthorized person is prohibited by law». Ojeda declaraba haber podido copiarlo «aprovechando una conjetura (*sic*) propicia».

<sup>31</sup> WILLOUGHBY (1952), p. 212.

<sup>32</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Francisco Franco, 14 de enero de 1949. CAWP, GC.

<sup>33</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Mariano Vidal Tolosana, 12 de octubre de 1948. AMAE, R-3205, Expediente 13.

del Ministerio de Exteriores por su aparición en castellano, su masiva distribución en los países de habla hispana<sup>34</sup>.

En este último sentido, uno de los receptores de la obra, el cofundador y propietario del *Readers Digest*, DeWitt Wallace, «agreed in principle to progressively cover Spain [...] paying the way for “Bailen” thru a preliminary preparation of the reading public by a general article, under the heading of political rather than a (sic) military writer». La autoría del texto, finalmente publicado en mayo de 1949<sup>35</sup>, correspondía a otro de los contactos habituales de Willoughby, el congresista por Missouri y ferviente opositor al *New Deal* Dewey J. Short, «whose significance lies in the fact that he is the Chairman of House Armed Service Committee. That means an important Congressional Committee dealing with military matters exclusively». Por si fuera poco, tal y como recordaba el mayor general a sus interlocutores franquistas, «Mr. Short has a copy of “Bailen” and you will recognize many of the basic arguments contained therein<sup>36</sup> [...] I am convinced that this is the opening step in a pro-Spanish series of articles and I am very pleased indeed to have started Mr. Wallace, in our past correspondence, in the right direction»<sup>37</sup>.

Lógicamente, las autoridades franquistas se mostraron entusiasmadas con la aparición de un artículo tan favorable en la revista que presumía de ser la de «World’s largest circulation», con una tirada de más de quince millones de ejemplares en varios idiomas, incluida una edición española, distribuida desde La Habana hacia toda Latinoamérica. El responsable de la Dirección General de Filipinas y Extremo Oriente, Ignacio de Muguero, calificaba su publicación como «uno de los mayores éxitos que en materia de propaganda se ha tenido últimamente», mientras que desde Tokio se señalaba que «el artículo tiene tanto más valor para nosotros cuanto que está escrito por un político y no por un militar, circunstancia que le da mayor fuerza en los Estados Unidos donde se mira con cierta aprensión el parecer de los militares en cuestiones

---

<sup>34</sup> Carta de Alberto Martín Artajo a Charles A. Willoughby, 27 de febrero de 1950. CAWP, GC.

<sup>35</sup> SHORT, D. J.: «Why not a sensible policy toward Spain?», *The Readers Digest*, mayo de 1949, pp. 85-88.

<sup>36</sup> «Nuestra ayuda a Grecia y Turquía contra la expansión comunista está encaminada, obviamente, a salvaguardar las “puertas” occidentales, de las que España tiene la llave [...] Si los amigos del Kremlin llegasen a conseguir alguna vez poner pie en la Península y en la costa africano-española, el Mediterráneo, entonces, se convertiría en un lago rojo. La situación geográfica de España, claramente la hace un baluarte y cabeza de puente contra cualquier agresión del Este. Los Pirineos convierten a la Península Ibérica en una fortaleza natural cuya disposición en una hora crítica, puede decidir la diferencia entre la victoria y la derrota», citas tomadas de la versión en castellano, SHORT, D. J.: «¿Por qué no seguir una política sensata hacia España?», *Selecciones del Reader’s Digest*, 103 (1949).

<sup>37</sup> Carta de Gonzalo de Ojeda al ministro de Asuntos Exteriores, 5 de abril de 1949. AMAE, R-3205, Expediente 13.

internacionales por el temor de que su criterio en tales asuntos pueda ser apasionado [...] el artículo de Mr. Short habrá de abrir el camino para una serie de publicaciones en lo porvenir en el mismo sentido»<sup>38</sup>.

Sin embargo, lejos del optimismo de sus servicios diplomáticos, fresco todavía el recuerdo de la Guerra Civil y de las simpatías del régimen por Italia y Alemania, el tono general de los principales periódicos norteamericanos continuó siendo de franca hostilidad hacia la dictadura de Franco, y tampoco ninguna casa editorial quiso finalmente asumir la publicación de *Bailen*. Aunque notable, la única excepción a esta línea la proporcionó el *Chicago Tribune* del coronel McCormick, quien, a comienzos de 1950, visitaba nuevamente España, una vez más por expresa mediación de Willoughby, cuya «personal intervention in this matter» posibilitó que mantuviera una larga audiencia con el general Franco<sup>39</sup>. A su vuelta a Estados Unidos, daba cuenta de la misma en una de sus habituales emisiones radiofónicas, en la que no dudaba en otorgar toda su confianza al Caudillo como hombre de Estado –máxime al comprobar «the distance France and England have traveled along the path of communism»– y, haciendo honor a su apodo de «colonel McCosmic», calificarle como «the greatest general to appear on the European scene», creador de la *Blitzkrieg* y modelo para Patton y Guderian<sup>40</sup>. Pagadas de su bolsillo, Willoughby adquirió varios cientos de copias de esta declaración y las hizo llegar al Ministerio español de Exteriores, mientras los representantes franquistas la distribuyeron «entre todas las Misiones en Tokyo y elemento oficial americano y japonés»<sup>41</sup>.

Con todo, fue gracias a su circulación privada por lo que *Bailen and the Spanish Bridgehead* terminó causando un innegable impacto político. De esta forma, no sólo resulta llamativa la selecta nómina de personalidades a las que Willoughby hizo llegar su escrito, «personalidades cuya opinión cuenta y que puedan tener en un momento un valor casi decisivo»<sup>42</sup>, sino ante todo la recurrente utilización que muchos de ellos hicieron, en sus respectivos ámbitos de actuación, de sus argumentos sobre la

---

<sup>38</sup> Carta de Ignacio de Muguiro a Gonzalo de Ojeda, 29 de abril de 1949. AMAE, R-3205, Expediente 13.

<sup>39</sup> Cartas de Francisco J. del Castillo a Charles A. Willoughby, 19, 20 y 24 de enero y 1 de febrero de 1950; Borrador de telegrama de Charles A. Willoughby al coronel McCormick, s.f. CAWP, GC.

<sup>40</sup> «Franco and Spain», Address by colonel Robert R. McCormick, broadcast over WGN, WGNB and the Mutual Broadcasting System, 25 de febrero de 1950. MMA.

<sup>41</sup> Carta de Francisco J. del Castillo a Charles A. Willoughby, 18 de abril de 1950; carta de Alberto Martín Artajo a Charles A. Willoughby, 27 de junio de 1950, en la que señalaba «How much I appreciate your efforts in favor of our common cause, which is none other than that of Christian civilization». CAWP, GC.

<sup>42</sup> Nota informativa de Mariano Vidal Tolosana a Alberto Martín Artajo, 6 de diciembre de 1948. AMAE, R-3205, Expediente 13

importancia estratégica de España y la necesidad de contar con el concurso del ejército franquista. Una corriente de opinión que contribuyó a que la balanza en el seno de la administración fuera inclinándose hacia la normalización de relaciones con la dictadura.

Entre los receptores de la obra de Willoughby se contaron su amigo personal George F. Kennan, por entonces en el punto máximo de su influencia diplomática en tanto director del Policy Planning Staff del Departamento de Estado; el general George Marshall, secretario de Estado; el general Kenneth C. Royall, secretario de Guerra-Ejército; el general Omar N. Bradley, presidente del Estado Mayor Conjunto; el mayor general William H. Draper, subsecretario del Ministerio del Ejército; el teniente general Albert C. Wedemeyer, Army Chief of Plans and Operations y uno de los principales defensores del intervencionismo en China; el mayor general Harry Vaughn, consejero de la Casa Blanca; el ex presidente Herbert Hoover; los senadores Henry C. Lodge Jr. y H. Styles Bridges, ambos del Comité de Relaciones Exteriores, John Chandler Gurney, del Armed Service Committee, y Owen Brewster, del Comité especial de Adquisiciones de Defensa; los congresistas J. Parnell Thomas, presidente del Comité de Actividades Anti-americanas, y Alvin O'Konski; el cardenal Francis Spellman, arzobispo de Nueva York y notorio anticomunista; Monseñor Fulton J. Sheen, responsable de la Universidad Católica de América y popular evangelizador radiofónico; Erle Cocke, jefe nacional de la Legión Americana de veteranos de guerra; Henry Luce y su mujer Clare Boothe Luce, propietarios de *Time*, *Life* y *Fortune*; y Spyros Skouras, propietario de la *Twentieth Century Fox*; además de los ya citados Arthur H. Vandenberg, Patrick A. McCarran, Harry P. Cain, Dewitt Wallace y Robert R. McCormick<sup>43</sup>.

Tan pretencioso y pagado de sí mismo como su admirado MacArthur, el mayor general se mostraba siempre muy seguro de su capacidad de persuasión en la correspondencia mantenida con Martín Artajo, al que poco después indicaba que «“Bailen” has already circulated in the highest oficial quarters in Washington; there is little doubt that its reading and quiet reflection [...] has already made its impact». En este sentido, se preguntaba en voz alta antes de profetizar, «you must be aware of a steady, subtle change in the atmosphere of official thinking in recent months? I predict

---

<sup>43</sup> «Lista personas a quienes ha sido remitido estudio político-militar de General Willoughby», comunicación de Gonzalo de Ojeda al ministro de Asuntos Exteriores, 19 de octubre de 1948. Carta de Charles A. Willoughby a Mariano Vidal Tolosana, 12 de octubre de 1948. AMAE, R-3205, Expediente 13. Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 10 de febrero de 1949 y de Alberto Martín Artajo a Charles A. Willoughby, 27 de febrero de 1950. CAWP, GC.

that Spain will return to normal diplomatic representation almost immediately»<sup>44</sup>. No obstante, más allá de esta clase de excesos verbales, lo cierto es que, como hemos señalado, puede rastrearse fácilmente una cierta transferencia de contenidos desde la obra de Willoughby a varias de las figuras citadas, en particular aquellos senadores y congresistas integrantes del «Spanish Lobby», de quienes la historiografía ha remarcado: «played a key role in leading the views of the military to the press and the public»<sup>45</sup>.

Así, en el curso de los debates para la puesta en marcha del Plan Marshall, el 30 de marzo de 1948, O’Konski presentó una enmienda según la cual España, inicialmente excluida, pasaba a formar parte de los países susceptibles de recibir la ayuda. Su argumento era que, si se producía una agresión soviética, «you will find that the fighting front would be Spain, the only country which would offer effective resistance», mientras los contemplados Italia y Francia sucumbirían víctimas de su poderosa quinta columna comunista. Del mismo modo, el 27 de abril de 1950, los senadores McCarran y Brewster proponían la inserción de una nueva partida dentro del programa de ayuda exterior bajo la denominación de «Spanish Aid Act», por un valor de 100 millones de dólares –reducidos a la mitad por sugerencia de Bridges, que pensaba que de esa forma podría pasar más fácilmente la votación–. La propuesta se amparaba, en palabras de Brewster, en el hecho de que la Península Ibérica «es la llave del Mediterráneo, zona en la que Estados Unidos ya han invertido inmensas sumas en los programas de ayuda a Grecia, Turquía y varias otras naciones», consideraciones refrendadas por McCarran, que se preguntaba «is there a country in all Europe more essential to the defense of America than is the Iberian Peninsula?». Aunque ambas iniciativas fueron finalmente derrotadas, no dejaban de representar un cambio de tendencia, como transmitía a Martín Artajo desde Tokio el propio Willoughby:

«I notice the recent Senate vote on an international loan to Spain; while I deeply regret that no majority was obtained, it is obvious that as time proceeds, the numerical ratio increases steadily in favor of Spain. A very high ranking State Dept. official has conferred with us recently and I did not fail to bring to his attention the vexing delays regarding our relations with your country; I have the distinct impression that while the situation is in constant flux, the trend is irresistibly in your favor»<sup>46</sup>

---

<sup>44</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 10 de febrero de 1949. CAWP, GC.

<sup>45</sup> BRIGGS (1994), p. 67.

<sup>46</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 30 de abril de 1950. CAWP, GC.

En efecto, la «pérdida de China» a manos del Partido Comunista en el otoño de 1949 había incrementado exponencialmente la presión sobre el Departamento de Estado, acusado de haber dejado caer al gigante asiático sin apenas oponer resistencia, en especial desde que el respetado general Marshall –quien, en línea con sus compañeros de armas, era también favorable a estrechar lazos con la España franquista– fuera reemplazado por Dean Acheson, rápidamente debilitado por el caso Alger Hiss. En este sentido, desde el seno del propio Policy Planning Staff, y sin abandonar, al menos en apariencia, los objetivos iniciales del Departamento, George Kennan elevó al secretario un *Memorándum* en el que se hacía constar:

«As for Spain-importance of problem is exaggerated. It has been discussed far more in press than in Government. It is true: UN resolution has *not* proved useful in weakening Franco and establishing more democratic regime. We would be glad to see it removed from books, and diplomatic relations normalized. Perhaps this will soon be possible. This will depend largely on our European allies, whose hand we don't wish to force. But this does not mean we would then rush to other extreme and shower Franco with loans or welcome him as ally»<sup>47</sup>

Paralelamente, desde el Pentágono vino a recordarse que sus planificadores se habían mostrado dispuestos a aceptar la política de Truman respecto a la suerte de la China nacionalista, pero a cambio de una mayor integración de la Península Ibérica en el sistema de defensa occidental<sup>48</sup>. Así, un nuevo *Memorándum*, fechado en mayo de 1950 y elaborado por Omar N. Bradley, reiteraba la necesidad de que el Departamento de Estado asegurase la colaboración española con la OTAN ante la hipótesis de una agresión por parte de la URSS<sup>49</sup>. En una buena muestra de la creciente coordinación entre los favorables a la dictadura en el estamento militar y en la Cámara Alta, nada más iniciarse las hostilidades en Corea, en junio de 1950, el senador Harry P. Cain se hacía eco de dichos informes, pues en su llamada al restablecimiento pleno de relaciones apelaba a la autoridad de Bradley, quien, a su juicio, «would by no means deny a

---

<sup>47</sup> BRIGGS (1994), pp. 54 y 63-64. Indudablemente, estas impresiones articularon la respuesta que, tras serle solicitada una clarificación sobre la política a seguir con España, Acheson remitió el 18 de enero de 1950 al Comité de Relaciones Exteriores del Senado.

<sup>48</sup> BRUNDU, P. O.: «España y Estados Unidos frente al problema de la integración de España en el sistema de seguridad occidental (1945-1953)», *Spagna Contemporanea*, 15 (1999), p. 109.

<sup>49</sup> JARQUE ÍÑIGUEZ, A.: «*Queremos esas bases*». *El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Norteamericanos, 1998, p. 275.

solitary thing I have said in support of Spain so far». El cardenal Spellman, por su parte, tampoco dejaba pasar la ocasión de demostrar que estas iniciativas contaban con el respaldo de una parte de la sociedad civil, y renovaba su voto de confianza en el franquismo con una nueva visita a España.

El «Spanish Lobby» obtuvo poco después su primera victoria, cuando Pat McCarran, experto conocedor de los tiempos y procedimientos del Senado, reunió en una suerte de cónclave secreto a un grupo de senadores con varios militares de alto rango con objeto de recabar su conformidad de cara a una renovada enmienda al Programa de Ayuda Exterior, nuevamente con España como destinataria y por idéntica suma, 100 millones de dólares, a gestionar por el Export Import Bank. Pese a la tenaz resistencia de Truman y a la rebaja de dicha cantidad, la partida quedó finalmente incluida dentro de la Ley General de Asignaciones de 1951<sup>50</sup>.

Todavía bajo los efectos del síndrome de China, el estallido de la Guerra de Corea, percibido como la constatación de que el comunismo podía provocar un efecto dominó similar al ocurrido a finales de los cuarenta en Europa central y oriental, precipitó los acontecimientos, y las consideraciones de orden político y moral quedaron supeditadas a la importancia estratégica de poder disponer, a corto plazo y en una fórmula por concretar, de toda una serie de facilidades logísticas y de bases aéreas y navales en la puerta de entrada al Mediterráneo. Así, en noviembre de 1950 y a propuesta de un grupo de repúblicas latinoamericanas, la «cuestión española» en el seno de Naciones Unidas quedó definitivamente zanjada mediante una nueva resolución que revocaba la recomendación anterior de retirada de las representaciones diplomáticas. Apenas unas semanas más tarde, Stanton Griffis partía como representante norteamericano camino de Madrid, mientras que José Félix de Lequerica podía dejar de aparentar que inspeccionaba su propia embajada en Washington.

En una atenta carta fechada a comienzos de febrero de 1951, Charles A. Willoughby, de nuevo en servicio activo como jefe de inteligencia de MacArthur, al que se había confiado la Comandancia Suprema de las fuerzas norteamericanas y de Naciones Unidas opuestas a la invasión norcoreana, no dejó pasar la oportunidad de recordar su contribución al éxito de la causa al propio Francisco Franco:

«I take this occasion to congratulate you on the re-establishment of normal diplomatic relations between the United States and your Government, after

---

<sup>50</sup> NEWMAN, R. P.: *Owen Lattimore and the "Loss" of China*, Berkeley, University of California Press, 1992, p. 315. BRIGGS (1994), pp. 60-64. VIÑAS (2003), pp. 77-83.

many years of misunderstanding, clearly engendered by false Communist propaganda. I take some modest credit in having convinced at least some of our more important political and military leaders, through the discreet but persistent circulation of “Bailen and the Spanish Bridgehead”»

Y es que la escritura de *Bailen* había proporcionado a Willoughby la ocasión de entrar en contacto directo con su admirado generalísimo. Así, una vez introducido epistolarmente por los diplomáticos españoles destinados en Japón, el militar norteamericano había conseguido hacerle llegar sendas copias dedicadas tanto de dicha obra como de *Maneuver in War*, los frutos más destacados de una labor que el propio Willoughby rememoraba a modo de presentación:

«He tratado en ensayos y artículos de periódicos profesionales y en correspondencia privada, que llega a manos de importantes personajes, de influenciar la opinión corriente en favor de España y su causa, llamando la atención sobre la existencia de un aguerrido ejército, en manos de un jefe con indiscutibles (*sic*) talentos militares, que le sitúan en el rango de los grandes capitanes de la guerra moderna, cualidad aún más importante, en estos momentos, considerando los problemas del Mediterráneo y la lentitud del realme (*sic*) en Grecia, Turquía e Italia»

La vehemencia adulatoria de Willoughby, forjada durante años en el seno de la corte de MacArthur, debió sin duda complacer a Franco. Por un lado, a nivel personal, pues el norteamericano no dejaba de señalar como fuente de inspiración su actuación en las campañas de Marruecos, justamente el periodo que Franco recordaba con mayor aprecio, y donde se había formado tanto su particular sentido de la autoridad política como la exagerada percepción de su propia importancia<sup>51</sup>. Por otro lado, como estadista, puesto que, en poco tiempo, había pasado de ser un apestado internacional a que un importante oficial de la primera potencia mundial le transmitiera que, a su juicio, «The Atlantic Pact cannot do without Spain and the Armies of the West cannot do without your tested command leadership [...] Spain will gain its rightful place, as the indispensable S Flank of the Western Front».

A su vez, bien asesorado acerca de la personalidad del norteamericano, Franco respondía con gratitud a estas alabanzas, mostrando su respeto por el «genio militar del General MacArthur» y alertando contra «la lepra roja en Asia, a fin de que no se

---

<sup>51</sup> PRESTON, P.: *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994, pp. 35-73.

malogre esta paz tan difícil y duramente conseguida en el Pacífico [...] cuyo fruto y gloria pretenden robar quienes nada arriesgaron ni sufrieron». De ese modo, este contacto inicial dio paso a un irregular pero sostenido intercambio de correspondencia entre ambos –así como con el secretario militar del caudillo, su primo Francisco Franco Salgado-Araujo–, frecuentemente acompañado del envío de simbólicos regalos, como un revólver Colt de factura artesana y «dos espadas japonesas, de gran antigüedad» que Willoughby remitió a través de distintos emisarios, correspondidos mediante la entrega oficial de una lujosa réplica toledana de la «tizona» del Emperador Carlos V. Todo muy marcial<sup>52</sup>.

De la misma manera, a tenor de la fragmentaria documentación disponible, y sin duda favorecida por dicha sintonía personal e ideológica, parece quedar acreditado que el dictador y su entorno más próximo tuvieron efectivamente en alta consideración la específica argumentación contenida en *Bailén*<sup>53</sup>, de tal forma que puede igualmente observarse su transferencia al discurso exterior del régimen. Así, aunque la relevancia estratégica de la península era bien conocida por los militares españoles –un informe interno del Almirante Carrero Blanco, fechado en octubre de 1939, señalaba ya buena parte del valor geográfico destacado posteriormente por Willoughby– y se contaba con utilizarla como baza negociadora, no parece casual que el propio Carrero, tras una serie de contactos con círculos militares norteamericanos, incorporara en un renovado informe de 1949 la idea de que, en caso de que estallara definitivamente el conflicto con la Unión Soviética, España podía convertirse en «cabeza de desembarco de los anglosajones en Europa [...] que será tanto más importante cuanto más cerca de los Pirineos quede establecido el frente». Por su parte, en una importante entrevista con Stanton Griffis y William D. Pawley, Alberto Martín Artajo ponía el acento en que la defensa conjunta de la península a cargo de las dictaduras ibéricas constituía el mejor «servicio a los Estados Unidos y a las potencias occidentales al hacer de España la primera o eventualmente la última cabeza de puente de los Estados Unidos para la defensa de Europa», y más adelante llegó a declarar que España era capaz de asegurar por sí misma una completa defensa del Mediterráneo<sup>54</sup>. La citada reunión con Pawley,

---

<sup>52</sup> Carta de Francisco Franco a Charles A. Willoughby, 4 de diciembre de 1948; cartas de Charles A. Willoughby a Francisco Franco, 14 de enero y 13 de junio de 1950 y 7 de febrero de 1951. CAWP, GC.

<sup>53</sup> Juan Beneyto, «Las asociaciones de amistad internacional durante el franquismo», *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), 71 (1991), pp. 216-217.

<sup>54</sup> «Informe acerca de la situación de la flota de Luis Carrero Blanco», 30 de octubre de 1939, en *Documentos Inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*, Tomo I, Madrid, Fundación Nacional

asesor político tanto del general Bradley como de Acheson, se enmarcaba dentro de la ronda de encuentros previos al establecimiento de negociaciones para la firma de un acuerdo bilateral de defensa, negociaciones sobre las que, nuevamente, Willoughby filtró información a las autoridades españolas, al tiempo que se ofrecía a «influir en sentido favorable» al jefe del Ejército del grupo de representantes norteamericanos, el mayor general Crump Garvin –otro veterano del Pacífico y de Corea–, «así como a los demás miembros de la misión, si así fuera el deseo de Su Excelencia el Jefe del Estado»<sup>55</sup>.

El clímax de este entendimiento mutuo se produjo entre finales de 1950 y comienzos de 1951. En aquellos momentos, Franco hacía llegar felicitaciones entusiastas por el desembarco en Inchon y el desarrollo inicial de la campaña coreana<sup>56</sup>, mientras Willoughby, según ha relatado alguno de sus contemporáneos, «siempre estaba hablando de los dos grandes generales, y resultaba difícil en cada momento distinguir a cuál de los dos se refería, si a MacArthur o a Franco»<sup>57</sup>, quien le agasajaba además con regulares envíos de vino y jerez especialmente seleccionados. Fue quizá debido a una prolongada estancia en su bien surtida bodega por lo que, tal y como relataba en su célebre columna «The Washington Merry-Go-Round» el periodista Drew Pearson, en el curso de una cena con la prensa, Willoughby llegó a tener la ocurrencia de proponer «the following toast: “To the second greatest military genius in the world – Francisco Franco”»<sup>58</sup>.

Aunque esta clase de salidas de tono incomodaban en el seno del Gobierno y del Departamento de Estado e indudablemente dificultaban su labor, el hecho de que se produjeran sin temor a una posible llamada al orden no dejaba de ser indicativo del cambio de orientación de la opinión pública norteamericana respecto a los alineamientos de la contienda mundial. Y es que, en vista de la escalada del enfrentamiento contra el bloque soviético, no pocas voces reclamaban la liquidación de los procesos por crímenes de guerra, el rearme de Alemania y la reintegración del resto

---

Francisco Franco, 1992, pp. 613-636; «Situación general», cit. en TUSELL, J.: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 180-188; VIÑAS (2003), pp. 107-108.

<sup>55</sup> «Nota para Su Excelencia», 21 de marzo de 1952, AMAE, R-3192, Expediente 4. No obstante, como veremos, a estas alturas Willoughby carecía completamente de credibilidad debido precisamente a su labor en Corea, criticada en privado, entre otros, por el entonces general de brigada Crump Garvin, véase ALLISON, J.: *Ambassador from the Plains*, Houghton Mifflin, 1973, p. 131.

<sup>56</sup> Cartas de Francisco J. del Castillo a Charles A. Willoughby, 28 de septiembre y 4 de octubre de 1950, CAWP, GC.

<sup>57</sup> HALBERSTAM, D.: *La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 494.

<sup>58</sup> PEARSON, D.: «The Washington Merry-Go-Round», 21 de febrero de 1951.

de países derrotados, entre los que, lejos de ese discurso inicial que le atribuía una exquisita neutralidad, se incluía ya abiertamente a la dictadura franquista. En estas condiciones, los miembros del «Spanish lobby» –que, tras alcanzar un cierto compromiso bilateral en el campo financiero y diplomático, buscaban ahora su ampliación al ámbito de defensa– retomaron los paralelismos con la situación en el frente oriental. Las grandes cabeceras de la prensa liberal, como el *Washington Post* y el *New York Times*, rechazaron de plano este género de argumentos y continuaron con sus críticas al sistema franquista y sus partidarios, pero toda una serie de medios de segundo rango y orientación conservadora no tardaron en hacerse eco de los mismos, tal y como puso de manifiesto un editorial distribuido a principios de 1951 por el consorcio corporativo Scripps-Howard:

«Japan and Spain should have high priority for both can make substantial contributions to the cause. Arming Japan should not be delayed by any idea that it can wait until we and our former allies have gone through the motions of an old-fashioned peace conference [...] we may have lost the initiative in Germany by pursuing a policy of conventional diplomacy. That mistake should not be repeated in Japan. No political formalities should bar the way to a realistic alliance with Spain [...] Franco has 23 divisions and 16 more in reserve. They are needed for the defense of Western Europe [...] Allied airbases are needed in Spain to keep open the Mediterranean sea lanes we would have to use in defending Persian gulf area oilfields and Belgian Congo uranium and cobalt deposits. We should be building those bases now»<sup>59</sup>

Comenzaban así a cumplirse, en buena medida, los temores del senador por New York Herbert H. Lehman cuando, a propósito de la significación del primer crédito concedido al régimen franquista, se preguntaba: «Is it not a fact that this gives the Soviet government a propaganda weapon which it will use to the fullest extent in advancing the thesis that we are not sincerely democratic, but we are ready to support a Fascist government?»<sup>60</sup>. De la misma forma, tampoco los aliados europeos, en especial Francia, se mostraron entusiasmados ante la perspectiva de que, como se señalaba reiteradamente en *Bailén*, la línea defensiva occidental pudiera quedar emplazada en los

---

<sup>59</sup> Scripps-Howard Editorial, 8 de enero de 1951.

<sup>60</sup> Las intervenciones y visión de conjunto de Lehman sobre la «cuestión española» en: carta de H. H. Lehman a Evelyn Dubrow (Americans for Democratic Action), 6 de mayo de 1950; «Americans for Democratic Action, Foreign Policy Program, Preamble», 18 de marzo de 1947, p. 4. Ambos en Herbert H. Lehman Papers, Special Correspondence Files, Rare Book and Manuscript Library, Columbia University Library, <http://lehman.cul.columbia.edu/lehman/> [last accessed February 15-2013].

Pirineos, posibilidad que fue siempre negada por el Departamento de Estado. Pese a todas estas advertencias, un Japón de nuevo soberano y los Estados Unidos firmaban el 8 de septiembre de 1951 un Tratado de Seguridad, mientras que la reciente visita a la península del almirante Forrest P. Sherman apuntaba a un acuerdo con España de naturaleza similar. Sin embargo, la buena predisposición por ambas partes no evitó que los Pactos de Madrid tuvieron que esperar todavía dos años, hasta septiembre de 1953, para materializarse, retraso cuya responsabilidad parecía recaer en la cerrazón ideológica y la falta de flexibilidad operativa inherentes a la dictadura de Franco.

Así, por un lado, como ha remarcado Ángel Viñas, la ausencia de avances por parte del régimen en el citado tema de la libertad religiosa fue uno de los principales obstáculos de cara a llevar a buen término las negociaciones. En este campo, la acción de las autoridades franquistas se veía limitada tanto por su propio integrismo como por sus ataduras de todo tipo para con la Iglesia católica, pero también por su convicción última de que se trataba de un problema más simbólico que real, cuando, por el contrario, para Truman suponía una cuestión esencial<sup>61</sup>. No en vano, la libertad de culto constituía un elemento capital de la cultura política norteamericana, contemplada en la Primera Enmienda y la segunda de las «cuatro libertades» enunciadas por el presidente Roosevelt en su discurso sobre el Estado de la Unión de enero de 1941, base doctrinal de la ayuda brindada al esfuerzo de guerra aliado frente al Eje y que, más adelante, había pasado a formar parte de la Declaración de Derechos Humanos de las Naciones Unidas<sup>62</sup>.

Por otro lado, la falta de coordinación, la deficiente información y aún peor interpretación y la torpeza de determinados dirigentes impidieron que se sacara más partido de una coyuntura inclinada por primera vez hacia los intereses de la dictadura. El propio Franco era un claro exponente de estas carencias, pues demostraba en sus declaraciones estar lejos de comprender que los parámetros del periodo de entreguerras habían sido sustituidos por una nueva dinámica, y sus análisis continuaban destilando una lógica de evidente signo filofascista. En este sentido, al ser cuestionado por un medio norteamericano acerca de las renovadas relaciones entre el Japón y los Estados Unidos, expresó sus dudas sobre la posibilidad real de una alianza: «Los EE.UU. han destruido el Imperio japonés [...] le han infligido la humillación de una derrota

---

<sup>61</sup> VIÑAS (2003), pp. 149-157.

<sup>62</sup> SCHMITZ, D. F.: *The Triumph of Internationalism. Franklin D. Roosevelt and a World in Crisis, 1933-1941*, Washington, Potomac Books, 2007, pp. 117-118.

aplastante, le han desarmado y desmilitarizado [...] han hundido su flota mercante y han desmantelado sus industrias. No esperen que los japoneses les quieran en el fondo de su corazón por mucho que les saluden y les sonrían a ustedes [...] El Japón es Asia y los japoneses son asiáticos. No se puede cambiar ni su situación geográfica en el mapa ni su raza y claro es que las dos gravitan hacia el continente asiático del cual son parte geográfica y racialmente». Era tal el desfase de este diagnóstico con respecto a las políticas implementadas por el Cuartel General norteamericano, en buena medida inspiradas precisamente por Willoughby –partidario del mantenimiento del poderío tradicional del Japón y extremadamente crítico con el procesamiento de sus criminales de guerra, a varios de los cuales encubrió con la excusa de su anticomunismo<sup>63</sup>–, que Francisco J. del Castillo se sintió obligado a escribirle para asegurar que: «dichas declaraciones no se fundan en ninguna información procedente de esta Misión a mi cargo»<sup>64</sup>.

La estrella de Willoughby, no obstante, había comenzado entre tanto a declinar rápidamente. Y es que, pocas semanas antes de la agresión de Corea del Norte, y en tanto que máximo responsable de inteligencia, había minusvalorado el riesgo de ataque en una reunión en Tokio con el secretario de Defensa Louis Johnson y con el general Omar N. Bradley, quien, como resultado de sus recomendaciones, había reducido los compromisos de ayuda con Corea en favor de otros escenarios, especialmente Irán. Del mismo modo, la meteórica retirada del ejército surcoreano no había precisamente avalado su subsiguiente valoración de que, en cualquier caso, sus propias fuerzas eran más que suficientes para repeler la invasión<sup>65</sup>.

La gravedad de ambos errores –cuya incidencia, por lo demás, constituye una buena muestra del crédito del que gozaban sus informes hasta ese momento– desató una tormenta de críticas en el seno del Pentágono, donde se le acusó de «doctoring reports to please rather than inform MacArthur», si bien el posterior éxito en Inchon mitigó momentáneamente su puesta en cuestión. Sin embargo, su negativa a tomar en consideración la concentración de tropas en la frontera noroeste entre Corea y la China de Mao, cuya intervención en la guerra descartaba pese a sus amenazas y a contar con numerosas evidencias sobre el terreno, y su minusvaloración de la misma tras los

---

<sup>63</sup> DOWER, J.: *Embracing Defeat. Japan in the Wake of World War II*, New York – London, Norton – The New Press, 1999, pp. 469 y 512.

<sup>64</sup> Carta de Francisco J. del Castillo a Charles A. Willoughby, con copia anexa de Telegrama postal de Alberto Martín Artajo a Francisco J. del Castillo, 28 de febrero de 1951. CAWP, GC.

<sup>65</sup> HALBERSTAM (2009), pp. 68-75; PEARSON, D.: «The Washington Merry-Go-Round», 10 de julio y 25 de agosto de 1950.

primeros enfrentamientos –preludio de la debacle de noviembre de 1950– arruinaron definitivamente su ya escasa credibilidad. Tan sólo el apoyo incondicional de MacArthur, sabedor de que reconocer algún error implicaba tener que renunciar a su absoluto control sobre las estructuras de información e inteligencia, impidió que Willoughby fuera relevado de sus funciones. A este respecto, también jugó a su favor la débil posición política del ejecutivo tras las recientes elecciones legislativas, que desaconsejaban el enfrentamiento con *Big Chief*, puesto que todavía se creía que criticar al «General MacArthur in the Pentagon building was almost like criticizing George Washington»<sup>66</sup>.

A partir de ese instante, como es bien conocido, los acontecimientos se precipitaron, con el retroceso del ejército norteamericano más allá del Paralelo 38, la posterior estabilización del frente y las cada vez más desafiantes declaraciones de MacArthur. Efectivamente, frustrado por la derrota infringida por el Ejército Popular de Liberación, el comandante supremo quería extender el conflicto mediante el bombardeo de las bases militares en territorio chino, la utilización del ejército nacionalista de Formosa e incluso planteaba recurrir al armamento nuclear, por lo que no recibió con agrado la notificación de que Washington preparaba una importante iniciativa de paz negociada. A continuación, su abierto cuestionamiento de la voluntad de victoria del gobierno, al que acusó de boicotearle y, haciendo suyos los argumentos del ala republicana del Congreso, de contemporar con el enemigo, llegaba a poner en entredicho el control civil del estamento militar, y Truman tomó la decisión de relevarle del mando en abril de 1951. Uno de los detonantes de tan difícil medida fue la puesta en conocimiento del presidente –a partir de las interceptaciones recabadas por la Agencia de Seguridad de las Fuerzas Armadas– de que «MacArthur was talking big in a Falstaffian way to the Spanish and the Portuguese Ambassadors in Tokyo. He was giving them information that they were cabling back to Franco and Salazar [...] the U.S. Government knew what MacArthur was telling Franco and Salazar and that he was not telling Truman. He was telling Franco and Salazar that he was going to see to it that the U.S. got into a general war against China»<sup>67</sup>. Sin duda, Willoughby no era ajeno a las

---

<sup>66</sup> HAYNES, J.: *Intelligence Failure in Korea. Major General Charles A. Willoughby's Role in the United Nations Command's Defeat in November, 1950*, Master Thesis, Kansas, 2009, pp. 14-59; PEARSON, D.: «The Washington Merry-Go-Round», 3 y 30 de diciembre de 1950.

<sup>67</sup> «Oral History Interview with Charles Burton Marshall», 21 de junio de 1989, pp. 115-117. Harry S. Truman Library & Museum, <http://www.trumanlibrary.org/oralhist/marshall.htm> [last accessed February 2-2013]; GOULDEN, J. C.: *Korea. The Untold Story of the War*, New York, McGraw-Hill, 1982, pp. 477-478.

amistades peligrosas de su superior y a sus confidencias, que tampoco debieron predisponer favorablemente a Truman de cara a un posible acuerdo de defensa con el régimen franquista.

Pese a que el sucesor de MacArthur, el teniente general Ridgeway, deseaba seguir contando con su concurso, Willoughby solicitó la baja en el ejército tras más de cuarenta años de servicio. Tal y como relataba a sus habituales confesores de la diplomacia franquista, lo hacía al menos por un doble motivo. En primer lugar, la lealtad hacia su admirado general, pues «Long associated with this famous soldier, my own position here appeared difficult and I have decided to join him in his transient exile», un género de exilio sin duda excepcional, puesto que consistía en retornar a los Estados Unidos. En segundo lugar, y de manera bastante menos poética, el intento de aprovechar el favorable contexto creado por la destitución de MacArthur para impulsar sus intereses políticos, nacionales e internacionales. En efecto, la inusitada ola de indignación popular desatada contra el gobierno por el relevo del general fue rápidamente capitalizada por el Partido Republicano, que esperaba desacreditar definitivamente el conjunto de las políticas demócratas en las sesiones del Comité especial del Senado –combinación de los comités de Relaciones Exteriores y de Fuerzas Armadas– constituido para evaluar la pertinencia de dicha decisión. A esta corriente buscaba sumarse Willoughby, llamado por su parte a testificar ante el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso y uno de los subcomités del Comité Judicial del Senado –presidido por McCarran, ya para entonces apodado «senator from Madrid»–, en ambos casos sobre las supuestas redes de espionaje tendidas en Oriente por el comunismo. Así, por un lado, pensaba aprovechar sus intervenciones para hacer campaña por una posible nominación de MacArthur –que, como vimos, no carecía de ambiciones políticas– como candidato republicano a los comicios presidenciales de 1952. De hecho, como explicaban a Madrid desde la embajada española en Tokio, «desea dilatar sus declaraciones ante el Senado para mantener viva la atención pública americana cuando lleguen las elecciones de noviembre». Por otro lado, como él mismo escribía directamente a Martín Artajo:

«The fact of being summoned before the most important Committees in Congress gives me an unequalled opportunity to break a last lance for the cause of Spain [...] I am appearing before Senator McCarran's Committee and have decided to bring in the case of Spain. I shall establish a parallel between the State Department strangulation of Chiang Kai-shek and the similar repressive action against General Franco. This will permit me to

launch and file with Congress the old study on “Bailén” – which is as good in 1951 as it was in 1947»<sup>68</sup>

Las audiencias comenzaron en agosto de 1951. Sin embargo, al igual que acababa de sucederle a MacArthur, que fracasó de manera inapelable al hacerse patente su falta de visión global y su descrédito a los ojos de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Willoughby no se encontraba familiarizado con los procedimientos democráticos. Su actuación ante los comités quedó muy por debajo de sus expectativas y se vio desautorizado en los altos niveles de la administración tanto civil como militar<sup>69</sup>. Con todo, Willoughby y sus alegatos anticomunistas continuaron disfrutando de notable ascendiente sobre amplios segmentos de la sociedad americana de posguerra. Así, en esas mismas fechas, el mayor general organizaba el viaje a España de una delegación de la Legión Americana –la principal asociación de veteranos de guerra del país, pronto posicionada como un importante grupo de presión–, que impuso a Franco la Medalla al Mérito de la organización, y cuyo jefe nacional, el citado Erle Cocke, extremadamente crítico con la administración Truman, escribía a Willoughby para hacerle saber que «mucho de la política de la Legión, lo confieso, se deriva de sus excelentes escritos acerca de toda la cuestión española»<sup>70</sup>.

Liberado de compromisos oficiales y probablemente necesitado de una audiencia más entregada, Willoughby se decidió entonces a cumplir uno de sus viejos anhelos, largamente postergado: una visita personal a la España de Franco.

---

<sup>68</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Alberto Martín Artajo, 21 de mayo de 1951. AMAE, R-3192, Expediente 4.

<sup>69</sup> *Hearings before the Subcommittee to Investigate the Administration of the Internal Security Act and other Internal Security Laws of the Committee on the Judiciary United States Senate, August 9, 14, 16, 22, 22 and 23, 1951*, Washington, Government Printing Office, 1951, pp. 353-401. *Hearings before the Committee on Un-American Activities House of Representatives, August 9, 22, and 23, 1951*, Washington, Government Printing Office, 1951, pp. 1161-1194. La amargura por la decepcionante actuación de ambos quedó de manifiesto en sus subsiguientes ataques a la prensa, a la que responsabilizaba de toda la situación, véase WILLOUGHBY, C. A.: «The Truth about Korea», *Cosmopolitan* (December 1951), pp. 35-37, 133-139.

<sup>70</sup> Pocos días después de la destitución de MacArthur, Cocke declaró que soldados, y no «swivel-chair politicians or striped-pants diplomats», en clara alusión a Truman y Acheson, «should make the United States' war decisions», *New York Times*, 26 de abril 1951. Willoughby reproducía distintos fragmentos de la carta de Cocke como «Nota preliminar» a la edición española de *Bailen and the Spanish Bridgehead*, pp. 12-13. La visita de la Legión Americana en *Spanish Press Digest*, 10, 11 y 12 de abril de 1951, CAWP, GC.

#### 4. Una visita a la cabeza de puente

Merced a su amplia experiencia en la exigente escuela del «turismo de guerra», las autoridades franquistas habían convertido los viajes de simpatizantes a España en uno de los principales instrumentos de ruptura del aislamiento diplomático. A este respecto, como vimos anteriormente, Willoughby había llegado a convertirse en un gran intermediario en la organización de visitas a la península, pero al tiempo que, paradójicamente, los numerosos proyectos para que él mismo hiciera acto de presencia, de especial interés para la dictadura, habían ido aplazándose por distintas razones. Así pues, aunque tardía y envuelta ya en un clima de mayor cordialidad en las relaciones bilaterales, la llegada de Willoughby venía a poner, en cierta forma, el colofón al «aluvión de visitas a España de representantes de los círculos norteamericanos más conservadores» producido desde finales de los años cuarenta<sup>71</sup>.

Indudablemente, durante sus más de seis meses de estancia, entre enero y julio de 1952, el norteamericano respondió con creces a las expectativas del régimen, cuyas potencialidades como aliado se vieron destacadas en la misma medida en que los obstáculos para alcanzar un acuerdo fueron minimizados. De este modo, en primer lugar, las cuestiones militares y geoestratégicas ocuparon la parte central de su programa de actividades y declaraciones públicas. Nada más atracar en el puerto de Santander, Willoughby realizaba unas manifestaciones sobre el enorme prestigio del que, supuestamente, gozaba Franco entre sus compañeros de armas, a los que señalaba además como el sector con mayor empatía hacia la España franquista: «You can count on the friendship of U.S. naval and air circles», en especial –en un claro guiño a la reciente misión del Almirante Sherman– «the naval people, who are very sensible». En el mismo sentido, en una conferencia sobre «Perspectivas actuales de la lucha anticomunista» impartida en la Escuela Nacional de Periodismo de Madrid, incidía una vez más en la importancia estratégica de la península en relación con el Mediterráneo, siempre según las líneas establecidas en *Bailen*. En segundo lugar, se puso especial énfasis en las posibilidades económicas derivadas de una mejora de las relaciones, simbolizadas en el almuerzo-homenaje ofrecido en la Cámara de Comercio norteamericana por su presidente, Walter Smith, con gran asistencia de personalidades del régimen y donde se llamó a «la dignidad y el mutuo respeto» como «base firme» para el aumento de la amistad y la cooperación entre ambos países. En tercer y último

---

<sup>71</sup> VIÑAS (2003), p. 53.

lugar, y en estrecha conexión con estas veladas llamadas a la no-injerencia en asuntos internos, Willoughby dedicó encendidos elogios a «la influencia de la Iglesia Católica, con su noble tradición y organización, erigidas ambas en baluarte contra una peligrosa doctrina extranjera, el marxismo y el comunismo, y su consiguiente amenaza de una quinta columna y de la subversión del orden actual», lo que no dejaba de significar una crítica a las reclamaciones del gobierno Truman en relación con los derechos de las comunidades protestantes<sup>72</sup>.

Esta estudiada línea argumental se vio reforzada por toda una serie de entrevistas personales de alto nivel, que comenzó con la inusualmente dilatada audiencia mantenida con el dictador poco después de su llegada. En este sentido, de hecho, a los ojos de cualquier observador internacional, el norteamericano llegó incluso a pecar de una excesiva profesión de fe franquista, pues lejos de estrechar lazos con elementos moderados de la administración, lo hizo con aquellos más claramente identificados con su componente fascista y su pasado colaboracionista con el Eje. Así, junto a sus encuentros con siniestras figuras como el fundador de la Legión española, José Millán-Astray, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, y el «héroe del Alcázar de Toledo», José Moscardó, su principal interlocutor durante aquellos meses fue Agustín Muñoz Grandes, el que fuera comandante en jefe de la División Azul, condecorado personalmente por Hitler con la Cruz de Caballero, mientras que otro veterano del frente ruso, el coronel africanista José Díaz de Villegas, fue el encargado de presentarlo en el citado acto en la Escuela de Periodismo. Con ocasión del desfile del primero de abril, celebrado en Madrid cada año para conmemorar la victoria franquista en la Guerra Civil, Willoughby solicitó oficialmente su asistencia, «pero no en compañía de los Agregados Militares, sino de los Jefes y Oficiales del Glorioso Ejército Español, por el que dice sentir, y en efecto siente y bien nos consta, una ardiente admiración». No en vano, Raimundo Fernández Cuesta, secretario general del partido único, podía calificarlo en un brindis efectuado en la Cámara de Comercio norteamericana como «a fellow Falangist and reactionary»<sup>73</sup>.

---

<sup>72</sup> «Manifestaciones de Willoughby en Santander», «El general Willoughby en la Escuela de Periodismo», y «La conspiración comunista contra España, denunciada por el general Willoughby», *ABC*, 20 de enero, 23 de febrero y 13 de marzo de 1952; «Brillante discurso del general norteamericano Willoughby», *La Vanguardia Española*, 13 de marzo de 1952.

<sup>73</sup> Carta del marqués de Prat de Nantouillet al teniente general Fernando Barrón Ortiz, 25 de marzo de 1952. AMAE, R-3192, Expediente 4. Cartas de Agustín Muñoz Grandes, José Moscardó, José Millán-Astray y Ramón Serrano Suñer a Charles A. Willoughby, 12 de marzo, 25 y 26 de junio y 27 de septiembre de 1952. CAWP, GC.

En buena lógica, las críticas no se hicieron esperar. Gran parte de la prensa europea consideraba inaceptables las declaraciones de Willoughby, en particular su relativismo respecto a las formas de gobierno y la naturaleza del franquismo –al parecer, había llegado a afirmar que «es difícil hacer una distinción entre libertad y fascismo»–, así como sus veladas alusiones a la posibilidad de que la defensa europea se articulara en torno a los pirineos<sup>74</sup>. Como hicieron constar con preocupación los servicios de prensa de las distintas embajadas españolas, esta clase de manifestaciones resultaban incluso contraproducentes para los intereses del régimen y sus intentos por trasladar al exterior una imagen de moderación y fiabilidad<sup>75</sup>. A su retorno a los Estados Unidos, el prestigioso periodista Frank Kluckhohn le dedicó un extenso reportaje en *The Reporter* –una influyente revista de los círculos liberales anticomunistas, pero también frontalmente opuestos al *McCarthyism*–, en el que le acusaba de entorpecer las negociaciones bilaterales para conseguir un acuerdo de defensa, al haber alentado falsas expectativas en el seno de la dictadura:

«Prominent Americans have, while traveling in foreign countries, often succeed in embarrassing the men charged with carrying out the U.S. government's policies in those countries. The most recent and striking example of this was provided by Major General Charles A. Willoughby [...] by casting himself as a sort of unofficial spokesman and go-between with Franco, succeeded in building up considerably the Caudillo's confidence at the bargaining table [...] The Pentagon had—and still has—a modest notion of Franco's military worth [...] The first job the Americans faced, then, was to make it clear that they had not come to Spain to build a Maginot Line along the Pyrenees or to refloat the Spanish Armada»<sup>76</sup>

No todo fueron reacciones adversas. Así, en enero de 1953, y precisamente a propósito de las negociaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y España, Willoughby fue el invitado del importante programa de entrevistas de actualidad de la

---

<sup>74</sup> «Spain “A reliable Ally”. US General's Advice», *The Times*, 22 de enero de 1953: «He has stated [...] that any criticism of “forms of government” should be ignored and that the only criteria which need be applied were whether a Government was solvent and lived up to its obligations. He found that Spain readily fulfilled these conditions». «Willoughby: A partir de L'Espagne, nous pourrions bombarder la France», *L'Humanité*, 14 de marzo de 1952. La cita sobre el fascismo y la libertad, recogida por la embajada de España en Italia, estaba tomada de *Il Secolo*, órgano del MSI, lo que arroja dudas acerca de su veracidad, véase la carta de José Antonio de Sangroniz a Alberto Martín Artajo, 26 de enero de 1953, AMAE, R-3192, Expediente 4.

<sup>75</sup> Oficina de Información Diplomática, Registro de Corresponsales, 2 de abril de 1952, AMAE, R-3192, Expediente 4.

<sup>76</sup> KLUCKHOHN, F.: «Heidelberg to Madrid. The Story of General Willoughby», *The Reporter*, 19 de agosto de 1952, pp. 25-30.

CBS *Chronoscope*, en lo que supuso una oportunidad inmejorable para hacer llegar un mensaje pro-franquista al público americano. Sin embargo, el artículo de Kluckhohn, unido a las crecientes críticas que *The Reporter* dedicaba al senador McCarthy –cuya credibilidad comenzaba asimismo a ser puesta en entredicho–, reforzaron su impresión de que tanto él mismo como el resto de líderes del anticomunismo estaban siendo víctimas de una campaña de difamación orquestada por sus poderosos enemigos. Como confiaba, una vez más, a Mariano Vidal Tolosana:

«Our leftist friends lost no time in starting the ball rolling! The timing of the crypto-communist, Jewish controlled Press is very efficient. This article must have been ready, awaiting my arrival from Spain [...] There is still here in the United States, or in the East, a strong anti-Franco movement [...] To this must be added the dormant fight against all who are anticomunist [...] These attacks, though personal and partly directed against MacArthur and his entourage, only serve to strengthen my determination of doing something for Sain (*sic*) and my Spanish friends»<sup>77</sup>

Sus amigos españoles, no obstante, no tardaron en decepcionarlo. Y es que, una vez cerrada el 26 de septiembre de 1953 la serie de acuerdos ejecutivos hispano-norteamericanos de asistencia militar y defensa mutua, la dictadura franquista podía considerarse –aunque siempre de forma incompleta– finalmente integrada dentro del sistema de defensa occidental, así como –en conjunción con el nuevo Concordato firmado ese mismo año con el Vaticano– legitimada internacionalmente, como demostró su admisión en 1955 en las Naciones Unidas. Llegados a este punto, al régimen ya no le interesaba tanto potenciar una reputación de agresividad anticomunista como, por el contrario, una imagen de país respetable y predecible, objetivo favorecido por un creciente deshielo con las nuevas autoridades soviéticas. De esta forma, aunque Willoughby se mantuvo en estrecho contacto con el franquismo, tanto a nivel personal – en especial, con los generales Muñoz Grandes y Franco Salgado-Araujo– como a través de organizaciones ultraderechistas internacionales, sus iniciativas propagandísticas ya no contaron con respaldo oficial, e incluso se vieron obstaculizadas, caso de sus intentos de que apareciera una edición americana de *Centinela de Occidente*, la nueva biografía

---

<sup>77</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Mariano Vidal Tolosana, 8 de agosto de 1952. AMAE, R-3192, Expediente 4.

autorizada de Franco<sup>78</sup>. Los renovados representantes diplomáticos franquistas habían decidido jugar la carta de la moderación, y continuar asociados a una figura desacreditada y radicalizada ya no se ajustaba a dicha estrategia.

## 5. Conclusiones

Como hemos tratado de poner de manifiesto en las páginas precedentes, a través de la trayectoria de Charles A. Willoughby resulta posible realizar una aproximación a la evolución de las relaciones entre los Estados Unidos y la España franquista durante los años iniciales de la posguerra mundial, así como a varias de las claves que articularon dicha evolución.

La Península Ibérica constituía un escenario absolutamente periférico dentro de la estrategia de seguridad norteamericana que fue perfilándose desde finales de los años cuarenta. La «cuestión española», no obstante, continuaba revestida de un fuerte componente simbólico y político, derivado del impacto internacional provocado en su día por la Guerra Civil. Su recuerdo era explotado con fines propagandísticos por parte de la Unión Soviética, tanto en los países del Bloque del Este como en las Naciones Unidas, mientras que en Estados Unidos, en especial para los sectores representados por Willoughby, aglutinaba toda una serie de luchas partidistas, desde la oposición al *New Deal* a la regulación del poder sindical, así como las pugnas entre el Pentágono y el Departamento de Estado por controlar la orientación de la política exterior. De este modo, aunque el reconocimiento diplomático del franquismo suele atribuirse casi exclusivamente al anticomunismo de posguerra y a la actividad del «Spanish lobby», lo cierto es que también hundía sus raíces en el tiempo y se apoyaba, más allá de sobornos, en convicciones profundas y dinámicas internas de la política americana.

En estrecho contacto con estas cuestiones, una parte de la historiografía ha consagrado una visión excesivamente neutralista de los círculos militares y de sus trabajos de planeamiento, cuando ambos se encontraban igualmente condicionados por factores ideológicos. Así, la Península Ibérica fue efectivamente ganando importancia como puerta de entrada al Mediterráneo occidental y presumible último bastión en caso de ofensiva soviética, pero la valoración de su grado real de trascendencia en la estructura defensiva y la consiguiente urgencia por entablar negociaciones –que

---

<sup>78</sup> Carta de Charles A. Willoughby a Agustín Muñoz Grandes, 21 de noviembre de 1963, «mis esfuerzos enérgicos para adelantar el prestigio del Generalissimo [...] fracasaron por falta de interés, de comprensión (*sic*) e imaginación de parte de la Embajada suya y unos Ministerios de Madrid». MMA.

contradecían la estrategia a más largo plazo prevista por el Departamento de Estado—, tampoco eran asépticas desde el punto de vista político. En este sentido, como pone de manifiesto el caso de Willoughby, pero también de otros veteranos del Pacífico, como el influyente teniente general Pedro A. del Valle —condecorado por Mussolini por su labor como observador militar en la guerra ítalo-abisinia y que, durante el aislamiento, se postuló como embajador en Madrid—, la aceptación del franquismo se enmarcaba dentro de una rehabilitación general de los antiguos integrantes del Eje, y llevaba implícita una cierta empatía con determinados sistemas autoritarios.

Por su parte, favorecidos por estas circunstancias, los representantes franquistas encontraron en personalidades como Willoughby el vehículo ideal para poner en práctica la estrategia de «diplomacia paralela» adoptada desde el Palacio de Santa Cruz. De esta forma, el régimen no tardó en sincronizar su discurso de seguridad respecto al Mediterráneo con las argumentaciones recopiladas por el militar norteamericano, en un movimiento que le reportó innegables beneficios, si bien la falta de coordinación de sus administraciones y sus hipotecas legitimadoras e ideológicas impidieron extraer una rentabilidad política aún mayor de esta clase de contactos. Una vez alcanzado el objetivo del acuerdo bilateral, en cualquier caso, muchos de ellos tampoco tardaron en pasar a un segundo plano, al no ajustarse ya a los requerimientos de la nueva imagen internacional deseada por la dictadura.